

LUCES EN LA NIEBLA

CAPITULO 1 INTRODUCCION NARRATIVA

El aire era denso, cargado de una humedad que parecía impregnarse en la piel, y un silencio abrumador envolvía el pequeño pueblo. Serenia llegó con un equipaje ligero y un corazón pesado, esperando encontrar paz en aquel rincón apartado del mundo. Sin embargo, la primera noche, vio algo que nunca olvidaría.

Desde la ventana de la posada, una bruma blanca comenzó a filtrarse por las calles vacías. Era hermosa, casi hipnótica, y en su interior titilaban pequeñas luces que bailaban en patrones extraños. Parecían vivas, como si tuvieran voluntad propia. Serenia observó, fascinada, hasta que la posadera la apartó bruscamente de la ventana.

—No mires demasiado tiempo —dijo con un susurro nervioso—. Y pase lo que pase, no salgas.

Esa advertencia quedó grabada en la mente de Serenia, pero también encendió una chispa de curiosidad que no pudo apagar. Al día siguiente, la gente hablaba en voz baja sobre otra desaparición: un joven que había sido visto por última vez la noche anterior, cerca de la plaza central, justo antes de que la niebla lo envolviera.

La tensión en el pueblo era palpable. Había una mezcla de temor y resignación entre los habitantes. Nadie hablaba abiertamente de las luces ni de las almas, pero Serenia comenzó a oír fragmentos de una leyenda oscura, susurrada en esquinas y puertas cerradas.

—Dicen que son almas atrapadas, buscando escapar.

—Y para hacerlo, necesitan una nueva alma.

Serenia, atrapada entre el escepticismo y una creciente sensación de inquietud, no pudo resistir la llamada de la niebla. Cuando llegó la noche y la bruma regresó, salió al exterior.

Desde ese momento, la vida de Serenia cambió para siempre.

CAPITULO 2: EN LAS SOMBRA DE LA NIEBLA

La puerta de la posada se cerró suavemente tras Serenia. Afuera, la niebla se arremolinaba como si la hubiera estado esperando. Era más espesa de lo que imaginaba, y las luces dentro de ella parecían brillar con mayor intensidad, pulsando en un ritmo extraño, casi como si tuvieran un corazón propio. Serenia sintió un escalofrío recorrerle la columna, pero no retrocedió.

Cada paso que daba resonaba sobre los adoquines húmedos, aunque la niebla parecía devorar el sonido, creando una atmósfera inquietantemente silenciosa. Las luces comenzaron a moverse, alejándose lentamente, como si quisieran guiarla hacia algo más profundo. Serenia, incapaz de resistir la mezcla de curiosidad y un extraño magnetismo, las siguió.

A medida que avanzaba, algo cambió. La temperatura descendió bruscamente, y el aire se volvió pesado, dificultándole respirar. Entonces, lo escuchó: un susurro débil, apenas perceptible, que parecía venir desde todas partes.

—Ayúdanos... —decía la voz, quebrada y desesperada.

Serenia se detuvo en seco. Miró a su alrededor, pero la niebla la envolvía en todas direcciones, ocultando todo excepto las luces danzantes. Su corazón comenzó a latir con fuerza mientras trataba de convencerse de que lo que había oído no era real. Sin embargo, los susurros continuaron, más claros ahora, como si decenas de voces hablaran al unísono.

—Libéranos...

El pánico comenzó a asentarse. Dio un paso atrás, pero su pie chocó contra algo sólido. Al girarse, se encontró cara a cara con una figura. Era humanoide, pero no del todo. Su cuerpo estaba compuesto de sombras, y su rostro era un borrón indefinido, excepto por los ojos: dos pozos negros que la miraban fijamente.

Serenia retrocedió con un grito ahogado, pero la figura no se movió. Entonces, extendió una mano, una extremidad delgada y alargada que parecía formarse directamente de la niebla. Serenia sintió un tirón invisible, como si algo intentara arrancarla de su cuerpo.

—¡No! —gritó, luchando por liberarse de la sensación opresiva.

Con un esfuerzo desesperado, logró dar un paso atrás, rompiendo el contacto. La figura desapareció, deshaciéndose en la niebla como si nunca hubiera estado allí. Pero las luces, que antes flotaban pacíficamente, comenzaron a moverse de manera errática, como si hubieran sido perturbadas.

Serenia corrió. No sabía hacia dónde, pero necesitaba salir de allí. La niebla parecía jugar con ella, cerrándose a su alrededor, bloqueando su visión. Los susurros ahora eran gritos, voces cargadas de rabia y desesperación.

De repente, tropezó y cayó al suelo. Cuando levantó la vista, vio una forma enorme que emergía de la niebla. No era como la figura anterior; esta era más monstruosa, con un cuerpo grotesco formado por fragmentos de sombras y luz. Emitía un sonido bajo y gutural que hacía vibrar el aire a su alrededor.

La criatura se lanzó hacia ella con una velocidad inhumana. Serenia rodó hacia un lado justo a tiempo, sintiendo el aire cortado donde había estado un segundo antes. La adrenalina se disparó en su cuerpo mientras se levantaba y comenzaba a correr nuevamente, con la criatura siguiéndola de cerca.

Finalmente, vio un destello de luz diferente: cálida y constante. Era la entrada de la posada. Reuniendo toda su fuerza, se lanzó hacia la puerta, cerrándola de golpe tras ella.

El silencio volvió, pero Serenia no podía dejar de temblar. Sabía que no estaba loca. Había algo en la niebla, algo que no era humano, y que ahora sabía su nombre.

CAPÍTULO 3: ECOS DE LO DESCONOCIDO

El aire dentro de la posada era sofocante, como si el temor hubiera impregnado cada rincón del lugar. Serenia se desplomó en una silla junto al fuego, intentando calmar su respiración entrecortada. La posadera, una mujer mayor con ojos que parecían haber visto demasiados inviernos, se acercó con un cuenco de té humeante.

—Bebé esto, niña —dijo, colocando el cuenco frente a ella. Sus manos temblaban ligeramente, como si supiera exactamente lo que Serenia había enfrentado.

—¿Qué era eso? —susurró Serenia, incapaz de mirar a la mujer a los ojos. Las imágenes de la figura y la criatura aún danzaban en su mente, cada detalle más vívido y aterrador.

La posadera suspiró profundamente y se sentó frente a ella. Parecía debatirse entre guardar silencio o revelar algo que llevaba demasiado tiempo oculto. Finalmente, habló.

—Esas luces... no son lo que parecen. Las llamamos "las almas perdidas". Cuentan las historias que, hace muchos años, este pueblo fue maldecido por un acto de traición. Almas inocentes, arrancadas de sus cuerpos y atrapadas en la niebla. Buscan escapar, pero no pueden hacerlo sin llevarse consigo otras almas.

Serenia dejó el cuenco en la mesa con un golpe seco.

—¿Y por qué nadie hace algo? ¿Por qué se quedan aquí esperando a que desaparezcan?

La posadera negó con la cabeza.

—No se puede escapar. La niebla siempre regresa. Algunos han intentado irse, pero las luces los siguen. La única opción es no entrar en la niebla... y rezar para que no te elijan.

El silencio que siguió fue interrumpido por un golpe en la puerta principal. Serenia y la posadera se miraron, congeladas por el sonido. Era un golpe suave al principio, casi tímido, pero luego se volvió más insistente, como si algo del otro lado exigiera entrar.

—No abras —susurró la posadera, levantándose rápidamente para cerrar con llave todas las ventanas cercanas—. Pase lo que pase, no abras.

Sin embargo, algo en el sonido llamó la atención de Serenia. No eran solo golpes; podía escuchar algo más, un leve llanto que parecía venir de un niño. Su instinto la empujó hacia la puerta, pero antes de que pudiera alcanzarla, la posadera la sujetó del brazo con una fuerza inesperada.

—No es lo que crees —dijo con un tono de advertencia—. Ellos pueden imitar cosas... personas... voces. Lo hacen para que les abras.

El llanto se transformó en una súplica:

—¡Ayúdenme! ¡Por favor! ¡Estoy perdido!

Serenia dudó, su mente luchando entre la lógica y el miedo. La posadera no la soltó, y finalmente, el ruido cesó, dejando tras de sí un silencio tan profundo que hacía doler los oídos.

—Tienes que irte de este pueblo —dijo la posadera después de un rato—. Tú no perteneces aquí, y la niebla lo sabe. Si te quedas, te tomará tarde o temprano.

Pero Serenia no respondió. Algo dentro de ella, algo oscuro y persistente, no estaba dispuesto a huir. Había algo en esa niebla que la llamaba, algo que la hacía sentir como si fuese parte de ella.

Esa noche, Serenia soñó. En su sueño, caminaba nuevamente dentro de la niebla. Las luces ya no eran pequeñas y distantes; ahora flotaban a su alrededor, rodeándola como un enjambre. Y en el centro de

ese enjambre, una figura la esperaba. Era alta, con rasgos indistinguibles, pero sus ojos, oscuros como la noche, brillaban con una intensidad aterradora.

—Tú... eres la llave... —susurró la figura antes de que Serenia despertara sobresaltada, con el eco de aquellas palabras grabado en su mente.

El amanecer trajo un respiro temporal, pero Serenia sabía que la calma no duraría. Algo había cambiado en ella, y no estaba segura de si eso la hacía más fuerte... o más vulnerable.

CAPITULO 4: EL LLAMADO DE FALDAR

El pueblo de Faldar despertaba lentamente bajo un cielo gris que parecía advertir que el día sería tan opresivo como la noche. Serenia salió de la posada decidida, aunque con una sensación creciente de inquietud. Había algo en la niebla que parecía llamarla, una voz en el borde de su conciencia que se negaba a ser ignorada.

Los habitantes de Faldar la observaban desde puertas entreabiertas y ventanas empañadas. Sus rostros eran pálidos y marcados por un miedo ancestral. Nadie la detuvo cuando caminó hacia la plaza central, el lugar donde las luces y la niebla parecían concentrarse cada noche.

El silencio era denso, pero lo rompió un sonido familiar: un tintineo suave, como campanas de viento movidas por manos invisibles. Serenia se detuvo en seco. Frente a ella, como si hubieran estado esperándola, comenzaron a aparecer las primeras volutas de niebla.

A pesar de que aún era de día, la niebla creció rápidamente, cubriendo el suelo y ascendiendo como un manto vivo. Las luces no tardaron en aparecer, titilando entre la bruma como si estuvieran observándola. Serenia sintió que el aire se enfriaba a su alrededor.

—¿Qué quieren de mí? —murmuró, más para sí misma que para las luces.

Un susurro respondió desde la niebla. Era bajo y gutural, pero claramente dirigía sus palabras a ella.

—Te... recordamos...

Serenia retrocedió un paso, pero la niebla avanzó como si estuviera viva, cerrándole el paso. A su alrededor, los edificios del pueblo se desdibujaron, como si estuvieran siendo devorados por el manto blanco. Ahora estaba completamente sola.

—No tengo nada que ver con ustedes —dijo en voz alta, aunque su tono traicionaba su miedo.

Las luces comenzaron a girar a su alrededor, formando un círculo cada vez más estrecho. Entonces, lo sintió: una presencia detrás de ella. Se giró rápidamente y ahí estaba, la misma figura que había visto antes, pero esta vez más definida.

Sus "ojos", si es que podían llamarse así, brillaban con una intensidad antinatural, y su cuerpo parecía ser una amalgama de sombras y fragmentos de luz que pulsaban como un corazón corrupto. Extendió una mano hacia Serenia, pero esta vez no esperó a que la tocara.

—Déjenme en paz! —gritó, dando un paso atrás y buscando desesperadamente algo con qué defenderse.

A su alrededor, las luces comenzaron a cambiar. Ya no eran pequeñas y suaves; ahora parecían afiladas, como cuchillas luminosas que cortaban el aire. La figura avanzó lentamente, y con cada paso, Serenia sentía que algo dentro de ella se debilitaba, como si estuvieran drenando su fuerza vital.

Desesperada, tomó una piedra del suelo y la arrojó hacia la figura. La piedra atravesó el cuerpo como si este no fuera sólido, pero algo cambió. La figura se detuvo y soltó un sonido agudo, como un lamento. Las luces que la rodeaban comenzaron a moverse frenéticamente, y la niebla pareció agitarse.

Serenia no esperó a ver qué pasaba. Corrió hacia lo que creía era la dirección de la posada, pero la niebla no la dejaba avanzar. En lugar de abrirse, parecía cerrarse más, jugando con su sentido de la orientación. Las voces comenzaron a multiplicarse, algunas gritando, otras riéndose con un tono perturbador.

Finalmente, llegó a un callejón que no reconocía. Estaba oscuro, y la niebla apenas dejaba entrever un par de formas al final. Serenia sintió que la miraban, pero no pudo moverse. Las figuras comenzaron a avanzar lentamente hacia ella, sus cuerpos deformes y erráticos.

Cuando estaban a pocos pasos, una campanada profunda resonó en el aire. La niebla tembló y, como si hubiera recibido una orden, comenzó a retirarse. Las figuras desaparecieron junto con ella, y Serenia cayó de rodillas, temblando y jadeando.

El pueblo volvió a ser visible, pero algo en el ambiente había cambiado. Serenia sabía que lo que había enfrentado no era un accidente. La niebla la quería, y no descansaría hasta tomarla.

CAPITULO 5: NOCES DEL PASADO

Serenia regresó a la posada, exhausta pero decidida. La posadera la miró desde el mostrador, su rostro endurecido por el miedo. Había visto a muchos enfrentar la niebla y pocos volvían.

—¿Volviste a salir? —preguntó la mujer en voz baja, casi como si temiera que algo escuchara.

—Necesito saber qué está pasando —respondió Serenia, su voz firme aunque temblorosa.

La posadera negó con la cabeza, sus ojos llenos de advertencia.

—Hay cosas que es mejor no saber, niña. Aquí, el conocimiento no te salva... te condena.

Pero Serenia no estaba dispuesta a quedarse en la oscuridad. Algo dentro de ella, algo que no podía explicar, la empujaba a buscar respuestas.

Esa noche, mientras el pueblo dormía, Serenia encendió una lámpara de aceite y comenzó a explorar los rincones olvidados de la posada. La vieja construcción crujía con cada paso, y la luz de la lámpara arrojaba sombras alargadas que parecían moverse por su cuenta.

En el sótano, encontró un baúl cubierto de polvo. Lo abrió con cuidado, sus manos temblando por la anticipación y el temor. Dentro había papeles amarillentos, fotografías antiguas y un diario de cuero negro.

El diario parecía el objeto más importante, y Serenia lo tomó. Al abrirllo, descubrió que pertenecía a un hombre llamado Enoch Calder, quien había vivido en Faldar hace más de un siglo. Las primeras páginas describían la vida cotidiana del pueblo, pero a medida que avanzaba, el tono cambiaba.

"17 de octubre de 1862

La niebla ha vuelto. Esta vez, no es como antes. Las luces son más brillantes, y los susurros... oh, los susurros. Dicen mi nombre ahora. Quieren algo de mí."

Serenia sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Las palabras resonaban con una inquietante familiaridad. Pasó las páginas rápidamente, hasta encontrar una entrada marcada con una mancha oscura, como si el autor hubiera derramado tinta o... sangre.

"31 de octubre de 1862

Hemos cometido un error. No debimos invocar. Pensamos que sería un simple ritual, algo para protegernos de los malos tiempos. Pero despertamos algo. Algo que no pertenece a este mundo. Ahora está aquí, y la niebla es su cárcel... y su arma."

Las manos de Serenia temblaban tanto que casi dejó caer el diario. "Invocar". ¿Era posible que los aldeanos de Faldar hubieran traído esta maldición sobre sí mismos?

Entonces, un golpe resonó desde el piso superior. Serenia levantó la vista, su corazón latiendo con fuerza. La posada estaba completamente oscura, y el sonido volvió, esta vez más fuerte, como si algo pesado hubiera caído.

Subió lentamente, llevando la lámpara en alto. Cada escalón crujía bajo sus pies, y el aire se volvió más frío con cada paso. Cuando llegó al pasillo de las habitaciones, se detuvo. Algo estaba al final del corredor, apenas visible bajo la tenue luz.

Era una figura, similar a la que había visto antes en la niebla, pero esta vez más definida. Su cuerpo parecía parpadear entre lo sólido y lo etéreo, y su rostro... su rostro era el de un hombre, pero torcido por una angustia indescriptible.

—¿Eres tú, Enoch? —murmuró Serenia, aunque no esperaba una respuesta.

La figura no se movió, pero los susurros comenzaron. Eran suaves al principio, como una brisa, pero se volvieron más fuertes, llenando su mente con palabras inconexas y gritos de desesperación. Serenia cayó de rodillas, presionando sus manos contra sus oídos, pero los sonidos no se detenían.

—¡Libéranos! —gritó una voz, más clara que las demás.

La lámpara cayó de sus manos y se apagó, sumiendo el pasillo en la oscuridad. Serenia levantó la vista, pero la figura ya no estaba. El silencio volvió, pero ella sabía que no estaba sola.

Regresó al sótano, con el diario aún en sus manos. Había algo más que debía encontrar, algo que pudiera explicarle cómo enfrentar esta maldición. Mientras hojeaba las últimas páginas, encontró un dibujo: un círculo grabado con símbolos que no podía entender.

"El sello. Sólo esto puede contenerlos. Pero requiere un sacrificio... uno que ninguno de nosotros está dispuesto a hacer."

Serenia sintió que la sangre se le helaba. ¿Era posible que hubiera una forma de detener la niebla? Pero si lo que Enoch decía era cierto, no sería fácil... ni seguro.

La noche avanzó lentamente, y Serenia no durmió. En su mente, las palabras del diario se mezclaban con los susurros que aún resonaban en sus oídos. Sabía que no podía detenerse ahora. La niebla la había elegido, y si no encontraba una manera de enfrentarse a ella, sería cuestión de tiempo antes de que se la llevara también.

CAPÍTULO 6: LA TRAMPA EN LA NIEBLA

La niebla volvió al caer la noche, más densa y agresiva que nunca. Serenia, con el diario de Enoch en sus manos, sabía que quedarse encerrada no era una opción. Las palabras escritas por el hombre, llenas de pánico y desesperación, parecían empujarla a enfrentarse al horror que acechaba en las calles de Faldar.

Salió de la posada envuelta en una manta para protegerse del frío cortante que traía la niebla. En su bolsillo, llevaba una pequeña linterna que apenas iluminaba unos pasos adelante, y una hoja arrancada del diario con el dibujo del sello que Enoch mencionaba.

El pueblo estaba vacío. Las calles de piedra, normalmente silenciosas, ahora resonaban con sus propios pasos. Sin embargo, el eco era extraño, como si hubiera algo más caminando detrás de ella. Cada pocos metros, se detenía y giraba rápidamente, pero no veía nada.

Al llegar a la plaza central, Serenia sintió que la niebla cambiaba. Ya no era sólo un manto blanco que lo cubría todo; ahora parecía tener un peso, un propósito. La presión en el aire se hacía evidente, y las luces comenzaron a parpadear entre la bruma, más intensas y erráticas que antes.

—¿Qué quieren de mí? —murmuró, apretando con fuerza el dibujo del sello.

Una respuesta llegó en forma de un susurro desgarrador, un eco de múltiples voces que se entrelazaban en un lamento interminable.

—Alma... vida... libertad...

Las luces se movieron rápidamente, rodeándola como si fueran un enjambre. Serenia giró sobre sí misma, tratando de seguir las luces, pero eran demasiadas, y cada vez más rápidas. Una ráfaga de viento helado le arrancó la manta de los hombros, y la linterna comenzó a parpadear.

De pronto, una sombra surgió de la niebla, alta y deformada, con extremidades alargadas que se movían de forma antinatural. Sus ojos brillaban con una luz enfermiza, y su boca se abrió en un grito silencioso que resonó en la mente de Serenia.

Corrió.

No sabía hacia dónde, pero sus instintos la impulsaban a moverse. La niebla parecía anticipar cada paso, bloqueándole el camino con muros blancos y espesos. Las luces la perseguían, algunas tan cerca que podía sentir el calor extraño que emanaban.

Giró en un callejón estrecho y resbaló, cayendo al suelo. La linterna rodó fuera de su alcance, dejando todo en completa oscuridad. Mientras trataba de levantarse, sintió una mano helada rodear su tobillo.

El grito que escapó de sus labios se perdió en el silencio opresivo de la niebla. Miró hacia abajo y vio un brazo surgir de la bruma, un brazo que parecía humano pero estaba cubierto de una negrura viscosa

que parecía moverse por sí sola. Serenia pateó con todas sus fuerzas, y la mano soltó su agarre, desapareciendo en la niebla.

El callejón se llenó de susurros, palabras ininteligibles que crecían en volumen hasta convertirse en gritos ensordecedores. Serenia cubrió sus oídos mientras corría de nuevo, sus pasos resonando como tambores en el eco interminable.

Finalmente, llegó a un pequeño parque en ruinas, donde un árbol viejo y retorcido se erguía en el centro. La niebla parecía detenerse al borde del espacio abierto, como si dudara en avanzar. Serenia cayó de rodillas bajo el árbol, respirando con dificultad.

Entonces, lo sintió.

Un calor extraño, como si algo la estuviera observando desde muy cerca. Levantó la vista y, en una de las ramas más altas, vio una figura sentada, inmóvil. Sus ojos brillaban como faros en la oscuridad, y su silueta parecía fundirse con las sombras del árbol.

—Ayúdame... —dijo la figura, pero su voz era un eco distorsionado, cargado de dolor y amenaza.

Antes de que pudiera responder, la niebla se lanzó hacia ella. No como antes, en forma de manto, sino como un ser vivo, un torrente que rugía y se retorcía. Serenia no tuvo tiempo de pensar. Sacó el papel con el dibujo del sello y lo sostuvo frente a ella, esperando que sirviera de algo.

El impacto fue inmediato. La niebla se detuvo a pocos centímetros de su cuerpo, pero la fuerza de su avance la empujó hacia atrás, golpeándola contra el árbol. La figura en la rama emitió un grito inhumano, y las luces comenzaron a explotar a su alrededor como fuegos artificiales.

Serenia sintió que algo tiraba de ella, como si quisieran arrancarla del lugar, pero el dibujo parecía mantenerla protegida. La niebla retrocedió, siseando como una bestia herida, y las luces se apagaron una por una.

Cuando todo quedó en silencio, Serenia se dio cuenta de que estaba sola de nuevo. Pero algo había cambiado. En su pecho, sentía una opresión que no estaba allí antes, y en su mente resonaba una última palabra:

—Tenebris...

Sabía que tenía que encontrar más respuestas, pero también sabía que la niebla no descansaría. Había sobrevivido esta vez, pero la batalla apenas comenzaba.

CAPÍTULO 7: LOS ECOS DE TENEBRIS

Serenia regresó a la posada con el cuerpo magullado y el alma llena de preguntas. La palabra "Tenebris" martillaba en su mente, como un eco que no podía silenciar. Mientras cerraba la puerta tras de sí, una ráfaga de aire frío recorrió el pasillo, apagando las pocas velas encendidas y sumiendo el lugar en penumbras.

Subió a su habitación, encendió la lámpara de aceite y desplegó el diario de Enoch sobre la mesa. Su mirada se clavó en el dibujo del sello, pero esta vez buscó algo más: cualquier mención a "Tenebris" en las páginas que aún no había leído.

Pasaron horas. Los susurros de la noche parecían intensificarse, como si la niebla estuviera justo afuera, esperando. Finalmente, encontró una entrada que mencionaba la palabra.

"Tenebris no es sólo un nombre; es el vínculo entre este mundo y el otro. Es el guardián y el carcelero, un ente atrapado en el limbo que controla la niebla y las luces. Su presencia se percibe en cada sombra y en cada aliento helado. Algunos dicen que fue un humano, otros que siempre ha sido un espectro... pero todos coinciden en algo: enfrentar a Tenebris es enfrentarse a la esencia misma de la desesperación."

Serenia sintió un escalofrío recorrer su espalda. "Esencia de la desesperación." ¿Cómo se enfrentaba a algo así?

Una ráfaga de viento golpeó la ventana, y la lámpara parpadeó. Serenia levantó la vista justo a tiempo para ver algo extraño: la niebla estaba más cerca de lo normal, sus luces titilando como ojos que la observaban desde el otro lado del cristal.

No tuvo tiempo de reaccionar. La puerta de su habitación se abrió de golpe, y el aire se llenó de un susurro ensordecedor. Serenia retrocedió, su espalda chocando contra la pared.

La niebla entró, deslizándose por el suelo como un depredador. Las luces flotaban en su interior, parpadeando con una intensidad que hacía arder los ojos de Serenia. Pero no estaba sola. Dentro de la niebla, las siluetas comenzaron a formarse: figuras humanoides con rostros distorsionados por el dolor, sus extremidades alargadas y retorcidas.

Una de las figuras habló, su voz un eco de muchas almas:

—Tenebris te observa.

Serenia buscó desesperadamente algo con lo que defenderse, pero sólo tenía el diario y la lámpara. Sacó el papel con el dibujo del sello y lo sostuvo frente a ella.

—¡Aléjense! —gritó, su voz quebrándose por el miedo.

La niebla se detuvo por un momento, pero las figuras avanzaron. Una de ellas levantó un brazo que parecía hecho de sombras líquidas y lo dirigió hacia ella. Serenia saltó hacia un lado justo a tiempo, y el impacto destrozó la mesa donde estaba el diario.

La lámpara cayó al suelo, y las llamas se extendieron rápidamente. El fuego iluminó la habitación, arrojando sombras que parecían cobrar vida. Serenia aprovechó el caos para correr hacia la puerta, pero la niebla bloqueó su salida, formando un muro impenetrable.

Las voces llenaron la habitación:

—Tenebris reclama tu alma...

En medio de su pánico, algo hizo clic en su mente. Las palabras del diario. "Vínculo entre este mundo y el otro." Serenia recordó las visiones que había tenido desde que escapó de la niebla por primera vez. ¿Y si esas visiones no eran alucinaciones, sino una conexión con Tenebris?

Sin otra opción, cerró los ojos y se concentró, tratando de alcanzar ese lugar oscuro y frío que había sentido en sus sueños. El mundo a su alrededor se desvaneció, y todo se volvió silencio.

Cuando abrió los ojos, ya no estaba en la posada. Estaba en un espacio infinito, cubierto de niebla negra. Frente a ella, una figura gigantesca emergió: una sombra humanoide con ojos que brillaban como faros en la oscuridad.

—¿Eres Tenebris? —preguntó Serenia, su voz apenas un susurro.

La figura no respondió, pero un rugido llenó el espacio, un sonido tan profundo que parecía vibrar en su propia alma. Serenia cayó de rodillas, incapaz de soportar la presión de su presencia.

—¿Por qué me eligieron? —gritó, luchando contra el peso que la aplastaba.

Por un breve instante, las luces de los ojos de Tenebris se suavizaron, y una voz, distinta a las otras, resonó en su mente:

—Porque aún tienes algo que perder.

Antes de que pudiera responder, todo desapareció. Serenia despertó en la posada, rodeada de escombros y humo. La niebla se había retirado, pero el mensaje de Tenebris permanecía grabado en su mente.

Algo más grande estaba en juego, algo que ella apenas comenzaba a comprender. Pero sabía una cosa: Tenebris no era sólo un enemigo, sino también una clave para entender la maldición del pueblo y, quizás, para romperla.

CAPITULO 8: EL ABISMO EN LA NIEBLA

La calma que siguió al encuentro con Tenebris era engañosa. Serenia sabía que la niebla volvería, y esta vez lo haría con más fuerza. Pasó el resto de la noche reorganizando las páginas dañadas del diario de Enoch, buscando cualquier indicio de cómo utilizar el sello. Pero las respuestas eran escasas, y el constante eco de la palabra "vínculo" en su mente la mantenía al borde del pánico.

Al amanecer, el pueblo de Faldar parecía congelado en el tiempo. Las calles estaban vacías, las ventanas cerradas, y el silencio era tan pesado como la propia niebla. Serenia decidió aventurarse al mercado abandonado, recordando que allí había visto una tienda de antigüedades. Quizás algo en ese lugar pudiera darle más pistas sobre el sello o la conexión con Tenebris.

El mercado estaba desolado, cada puesto cubierto por una fina capa de polvo y telas raídas que ondeaban con la brisa. Serenia caminó con cautela, sus sentidos agudizados por el constante temor de que algo la estuviera observando. Al llegar a la tienda de antigüedades, empujó la puerta de madera que crujío como un lamento.

El interior era oscuro, con estanterías llenas de libros viejos, objetos polvorrientos y espejos que reflejaban sombras inquietantes. En el mostrador, un cuaderno abierto capturó su atención. Las páginas estaban cubiertas de símbolos similares al sello que había encontrado en el diario de Enoch.

Mientras inspeccionaba el cuaderno, una extraña sensación recorrió su cuerpo. Era como si el aire se volviera más pesado, más denso. Miró por la ventana y vio cómo la niebla comenzaba a descender, rápida e implacable, llenando las calles y envolviendo el mercado.

—No... ahora no —susurró, agarrando el cuaderno y guardándolo en su bolsa.

La niebla irrumpió en la tienda como un torrente vivo, rompiendo vidrios y derribando estanterías. Serenia tropezó hacia atrás, chocando contra un espejo grande que cayó al suelo, pero no se rompió. Las luces aparecieron, más agresivas y caóticas que nunca, girando a su alrededor como depredadores hambrientos.

De la niebla surgieron las figuras humanoides, pero esta vez eran más numerosas, y sus movimientos eran más rápidos, más decididos. Una de ellas, con una cabeza torcida en un ángulo imposible, extendió un brazo hacia Serenia, y de sus dedos brotaron sombras que parecían cuchillas.

Serenia esquivó por instinto, cayendo al suelo y golpeando su codo contra el marco del espejo. Gritó de dolor, pero no dejó que el miedo la paralizara. Se levantó como pudo y sacó el papel con el sello, sosteniéndolo frente a ella.

—¡Aléjense! —gritó, pero su voz apenas se escuchó entre los lamentos de las figuras.

El sello brilló débilmente, y las figuras retrocedieron un paso, pero no se detuvieron. Una de ellas emitió un chillido que hizo que Serenia cayera de rodillas, cubriendose los oídos. Las luces comenzaron a arremolinarse, formando un círculo que la encerraba.

De pronto, el espejo detrás de ella emitió un destello, como si respondiera al ataque. Serenia giró la cabeza y vio su reflejo, pero no era su reflejo normal. En el cristal, su rostro estaba cubierto por la misma niebla que la rodeaba, y sus ojos brillaban como las luces de las almas atrapadas.

Una voz surgió del espejo, baja y gutural:

—El sello es la llave, pero tú eres la puerta.

Antes de que pudiera procesar esas palabras, la figura más grande de la niebla se lanzó hacia ella. Serenia, sin tiempo para pensar, levantó el papel con el sello hacia el espejo. El cristal estalló en mil pedazos, y una luz cegadora llenó la tienda.

El impacto la lanzó contra la pared, y por un momento, todo quedó en silencio. Cuando abrió los ojos, la niebla se retiraba lentamente, dejando a las figuras humanoides disolverse en el aire como humo. Las luces también desaparecieron, parpadeando una última vez antes de extinguirse.

Serenia se levantó tambaleante, su cuerpo adolorido y su mente llena de preguntas. El espejo estaba destruido, pero en el marco vacío quedaba grabada una palabra: "**Umbral**".

Sabía que esto no había terminado. La niebla estaba enviando un mensaje, y ahora más que nunca, sentía que estaba profundamente conectada con Tenebris y el horror que envolvía a Faldar.

Con el cuaderno y el sello como su única guía, Serenia se preparó para enfrentar lo que venía. No sólo debía protegerse de la niebla, sino también descubrir qué papel jugaba en esta historia de almas perdidas y desesperación.

CAPÍTULO 9: EL LABERINTO DE LAS SOMBRAS

El pueblo parecía envuelto en un extraño letargo tras el enfrentamiento de Serenia con la niebla en la tienda de antigüedades. Las calles permanecían vacías, pero el silencio no era tranquilo; era opresivo, cargado de una amenaza invisible. Serenia avanzaba con cautela, el cuaderno y el sello apretados contra

su pecho. Cada paso resonaba como un eco interminable, como si algo la estuviera siguiendo sin mostrarse.

Decidió dirigirse a la vieja iglesia en el centro del pueblo, una estructura olvidada que había visto al llegar. Su intuición le decía que ese lugar contenía respuestas, aunque también sentía una creciente aprensión.

La iglesia se alzaba como un espectro entre la niebla, con sus vitrales rotos y su torre inclinada. La puerta principal estaba entreabierta, dejando escapar un crujido siniestro cuando Serenia la empujó. El interior estaba envuelto en sombras, pero en el altar brillaba una tenue luz azulada.

Serenia se acercó, atraída por la fuente de la luz. En el altar, había un objeto que parecía un relicario antiguo, cubierto de inscripciones similares a las del sello. Cuando lo tocó, un escalofrío recorrió su cuerpo, y la luz se apagó de golpe.

El aire se volvió pesado, y un susurro resonó en las paredes:

—Has cruzado el umbral... ahora enfrenta las sombras.

Antes de que pudiera reaccionar, la puerta de la iglesia se cerró con un estruendo, y la niebla comenzó a filtrarse por las grietas, llenando el lugar con rapidez. Las luces aparecieron una vez más, pero esta vez estaban rodeadas por figuras más definidas: humanoides que parecían hechas de cenizas, con ojos vacíos y sonrisas distorsionadas.

La niebla formó un muro detrás de Serenia, empujándola hacia el pasillo central. Cuando intentó retroceder, una de las figuras avanzó y extendió su brazo, tocándola con un dedo frío como el hielo. Un dolor punzante se extendió por su brazo, y Serenia gritó, soltando el cuaderno.

El sello cayó al suelo, y las figuras se detuvieron, observándolo como si reconocieran su poder. Serenia aprovechó la pausa para recogerlo y sostenerlo frente a ella.

—¡No me tendrán! —gritó, con una determinación nacida del miedo.

Las figuras retrocedieron ligeramente, pero la niebla se movió con inteligencia, envolviéndola y separándola de cualquier posible salida. La iglesia ya no parecía un lugar real; las paredes se alargaban, el techo desaparecía, y el suelo se convertía en un mosaico de sombras vivientes.

Un rugido llenó el espacio, y Tenebris apareció al final del pasillo, su forma colosal surgiendo de la niebla. Su presencia era abrumadora, como un agujero en la realidad misma.

—Eres la puerta, Serenia —tronó su voz, resonando como un trueno en su mente—. Pero aún no estás lista para abrir.

Las figuras cargaron hacia ella, y Serenia corrió hacia el altar, buscando cualquier cosa que pudiera usar. Al llegar, vio que el relicario había cambiado. Ahora estaba abierto, mostrando un cristal negro en su interior que emitía un pulso de energía oscura.

Sin pensarlo demasiado, Serenia tomó el cristal y lo levantó. La energía que emanaba de él quemaba su piel, pero ella se aferró, canalizando toda su voluntad en un intento desesperado por controlar el objeto.

—Muéstrame lo que debo hacer! —gritó, mientras las figuras se acercaban.

El cristal respondió, proyectando una explosión de luz negra que barrió la iglesia. Las figuras fueron lanzadas hacia las sombras, y la niebla se disipó momentáneamente. Pero Tenebris no se inmutó; avanzó hacia ella, su forma creciendo hasta llenar todo el espacio.

Serenia sintió que el cristal vibraba en sus manos, como si estuviera absorbiendo su energía. La luz negra comenzó a rodearla, formando un escudo que impedía que Tenebris la alcanzara.

—Esto no termina aquí, Serenia —dijo la voz de Tenebris, mezclándose con el sonido de cientos de almas gritando—. Cuanto más luches, más fuerte será el vínculo.

Con un último rugido, la figura de Tenebris se desvaneció, y la iglesia volvió a su estado anterior. Serenia cayó de rodillas, agotada, con el cristal aún en su mano. El cuaderno había desaparecido, absorbido por la niebla, pero el sello permanecía intacto.

Sabía que este no era un triunfo. Había enfrentado una trampa y sobrevivido, pero el costo era evidente: Tenebris había ganado algo, algo que ella aún no entendía.

Mientras salía de la iglesia tambaleándose, Serenia notó que el pueblo parecía más oscuro, más desolado que antes. La niebla no se había ido del todo, y las luces seguían parpadeando en la distancia, como si estuvieran esperando el momento perfecto para atacar de nuevo.

CAPÍTULO 10: EL LLAMADO DE LAS SOMBRAS

El cristal negro pulsaba débilmente en la mano de Serenia mientras avanzaba por las calles desoladas de Faldar. La iglesia había quedado atrás, pero el eco de las palabras de Tenebris seguía martillando en su mente: *"Cuanto más luches, más fuerte será el vínculo."*

El aire a su alrededor era denso, como si el pueblo entero estuviera sumido en un sueño febril. Serenia sintió un extraño mareo, un tirón invisible que parecía atraerla hacia algún lugar desconocido. Se detuvo, apoyándose en una pared de piedra mientras su visión se oscurecía.

De repente, todo a su alrededor cambió. La realidad se desmoronó como un espejo roto, y Serenia se encontró en un espacio irreal, un vacío infinito teñido de gris. Frente a ella, un camino de piedra flotaba en el aire, serpenteando hacia una torre negra que se alzaba en la distancia, rodeada por remolinos de niebla y sombras.

—¿Dónde estoy? —murmuró, intentando calmar su respiración.

Una voz familiar resonó en el aire, profunda y cargada de malevolencia:

—Bienvenida al Límite, Serenia. Aquí se entretoman las almas perdidas y sus secretos.

Era Tenebris. Serenia giró sobre sí misma, pero no pudo ver su forma. La voz parecía provenir de todas partes.

—¿Qué quieres de mí? —gritó, sosteniendo el cristal frente a ella como un arma.

La niebla se arremolinó a su alrededor, formando figuras espirituales que flotaban silenciosamente, observándola con ojos vacíos. Cada una de ellas emitía un lamento bajo, como si estuvieran atrapadas en un tormento eterno.

—Eres la puerta —repitió Tenebris—. Y cada paso que das hacia la verdad abre el camino para nosotros.

El camino de piedra comenzó a temblar bajo sus pies, forzándola a avanzar hacia la torre. Serenia trató de resistirse, pero sus piernas se movían por voluntad propia, como si algo la empujara inexorablemente hacia adelante.

Con cada paso, las figuras espirituales se acercaban más, sus manos extendiéndose hacia ella. Serenia podía sentir su frío, pero ninguna la tocaba directamente. Era como si quisieran recordarle que no estaba sola, que siempre estaban observándola.

Cuando finalmente llegó a la base de la torre, una puerta de hierro negro se abrió con un chirrido ensordecedor. Dentro, un salón interminable se extendía, con columnas de mármol oscuro que parecían fluir como líquido y un suelo cubierto de espejos rotos. En el centro, una figura estaba de pie, esperándola.

Era una versión distorsionada de sí misma. Sus ojos brillaban con la misma luz de las almas atrapadas, y su rostro estaba cubierto de grietas, como porcelana rota.

—Tú eres el umbral —dijo la figura, su voz un eco de la de Serenia—. Pero cada decisión que tomas nos acerca al momento en que todo se abrirá.

El cristal en la mano de Serenia comenzó a calentarse, vibrando con una intensidad peligrosa. Su reflejo levantó una mano, y las paredes de la torre se llenaron de escenas horribles: personas siendo arrastradas a la niebla, luces consumiendo cuerpos, y almas luchando por escapar de un abismo infinito.

—¿Esto es lo que quieras? —preguntó Serenia, temblando mientras las imágenes la rodeaban.

—Esto es lo que debe ser —respondió su reflejo—. El equilibrio ha sido roto, y tú eres la llave para restaurarlo... o destruirlo.

Antes de que pudiera responder, las sombras en la sala se levantaron como una ola, abalanzándose sobre Serenia. Gritó, levantando el cristal en un intento desesperado por protegerse. La explosión de energía la lanzó hacia atrás, y todo quedó en oscuridad.

Cuando Serenia despertó, estaba de vuelta en las calles de Faldar, su cuerpo cubierto de sudor frío. El cristal aún estaba en su mano, pero ahora tenía grietas, como si estuviera al borde de romperse.

Las palabras de su reflejo resonaban en su mente: "*Eres la llave.*" Sabía que no podía escapar de lo que se avecinaba. Tenía que enfrentarse a la verdad, pero cada paso que daba la acercaba más a un destino que no comprendía del todo.

Las luces en la niebla brillaban en la distancia, más fuertes que nunca, como si la estuvieran llamando de vuelta.

CAPITULO 11: EL ENIGMA DEL ESPEJO

El pueblo estaba inmerso en una calma antinatural cuando Serenia se incorporó, aún temblando por la visión. La niebla se había disipado, pero el aire seguía cargado de una amenaza invisible. El cristal en su mano estaba agrietado, emitiendo un débil pulso como un latido irregular.

Mientras avanzaba por las calles, una sensación extraña comenzó a invadirla. Había algo diferente en el pueblo; los edificios parecían más altos, más oscuros, y las sombras proyectadas por la luz de la luna parecían moverse, aunque no había viento que las agitara.

Una vez más, algo la llamó. No era una voz, sino un tirón en su mente, una intuición irresistible que la llevó hasta un antiguo edificio que no recordaba haber visto antes. Tenía una fachada de piedra gris cubierta de musgo, con una puerta doble de madera que estaba entreabierta. Encima de la entrada, una inscripción desgastada apenas era legible: *"Lo que ves no siempre es lo que es."*

La curiosidad y el miedo se entremezclaban mientras Serenia empujaba las puertas y entraba. El interior estaba oscuro, pero al avanzar, unas velas se encendieron solas, iluminando una habitación circular. El suelo estaba cubierto de un mosaico con símbolos que reconoció del sello, y en el centro de la habitación había un espejo de cuerpo entero, enmarcado en hierro negro retorcido como si estuviera vivo.

Al acercarse, el reflejo del espejo no era el suyo. En lugar de su propia imagen, vio al pueblo envuelto en niebla, con las luces danzando alrededor de figuras indistintas. Parecían fantasmas, pero sus movimientos eran frenéticos, como si estuvieran atrapados en un ciclo eterno de sufrimiento.

De repente, una figura apareció en el reflejo, caminando lentamente hacia ella. Era Tenebris, pero esta vez su forma era más humana, aunque su rostro estaba cubierto por una capucha negra que ocultaba sus ojos.

—¿Por qué insistes en buscar respuestas, Serenia? —dijo la figura, su voz resonando como un eco dentro de la habitación—. Algunas verdades son mejores cuando permanecen enterradas.

Serenia apretó el cristal en su mano, su voz temblando pero firme:

—Si soy la llave, entonces tengo derecho a saber qué estoy abriendo.

La figura de Tenebris levantó una mano, y el reflejo en el espejo cambió. Mostró una escena de un pasado distante: un grupo de personas en un ritual bajo la misma niebla que ahora acechaba a Faldar. Estaban rodeados de luces que flotaban como luciérnagas, pero su intención era clara. Sus manos estaban alzadas hacia un altar donde un objeto brillante descansaba, similar al cristal que Serenia tenía en sus manos, pero intacto.

—Ellos intentaron tomar lo que no les pertenecía —dijo Tenebris, señalando el altar—. Y ahora, sus almas pagan el precio.

El reflejo cambió de nuevo, mostrando a Serenia, esta vez atrapada en la niebla, su cuerpo desmoronándose en polvo mientras las luces la consumían.

—Ese es tu destino si sigues avanzando.

—No te creo —replicó Serenia, aunque el miedo comenzaba a apoderarse de ella—. Tú no decides mi destino.

El espejo comenzó a brillar intensamente, y la figura de Tenebris desapareció, dejando a Serenia frente a su propio reflejo, pero algo estaba mal. Su reflejo no era ella misma: su piel estaba cubierta de grietas como las del cristal, y sus ojos brillaban con la misma luz de las almas atrapadas en la niebla.

Antes de que pudiera reaccionar, el reflejo salió del espejo, avanzando hacia ella. Serenia retrocedió, levantando el cristal, pero su copia distorsionada lo tomó con fuerza, atrapando sus manos.

—Lo que ves no siempre es lo que es, Serenia —dijo la figura, su voz como un susurro venenoso—. La llave no abre una puerta... libera lo que está atrapado.

De repente, la habitación comenzó a temblar. El mosaico en el suelo se desmoronó, y un viento helado llenó el espacio. Serenia forcejeó contra su copia, tratando de soltarse, mientras el cristal en sus manos comenzaba a emitir una luz cegadora.

Con un grito desesperado, Serenia rompió el contacto y lanzó el cristal hacia el espejo. El impacto creó una explosión de energía que llenó la habitación, destruyendo el reflejo y el espejo.

Cuando el polvo se asentó, Serenia estaba sola en la habitación, el cristal reducido a fragmentos a su alrededor. Aunque estaba rota, algo en su interior le dijo que había superado una prueba importante.

Sin embargo, la inscripción sobre la puerta resonaba en su mente: "*Lo que ves no siempre es lo que es.*"

Sabía que había aprendido algo crucial, pero también que estaba lejos de comprenderlo todo. Las sombras seguían acechándola, y el peligro era mayor que nunca.

CAPITULO 12: FRAGMENTOS DE MERDAD

Serenia se arrodilló en el suelo de la habitación destruida, recogiendo cuidadosamente los fragmentos del cristal roto. Cada pedazo emitía un débil resplandor, como si aún contuviera una fracción del poder que antes albergaba. A medida que los tocaba, su mente se llenaba de imágenes fugaces: rostros de personas atrapadas, gritos silenciosos, y un abismo oscuro que parecía extenderse sin fin.

Sabía que estos fragmentos eran más que simples pedazos; eran piezas de un rompecabezas que había estado intentando resolver desde que la niebla la había atrapado por primera vez.

Con los fragmentos guardados en el bolsillo de su abrigo, Serenia salió del edificio, el frío de la noche golpeándola como un recordatorio de que aún estaba en peligro. La niebla no tardaría en regresar, y tenía que actuar rápido.

Mientras caminaba hacia la plaza central del pueblo, los fragmentos parecían latir en sincronía con su corazón, guiándola. Cada paso que daba era acompañado por un leve susurro, como si las almas atrapadas en la niebla estuvieran tratando de comunicarse con ella.

Finalmente, llegó a la plaza. En el centro, la fuente de piedra que alguna vez había sido un lugar de reunión para los habitantes de Faldar ahora estaba seca, cubierta de moho y grietas. Serenia sintió un tirón en su pecho, una fuerza que la empujaba a acercarse.

Colocó los fragmentos en el borde de la fuente, y estos comenzaron a brillar con una intensidad creciente. La luz se unió en el centro, formando una figura nebulosa que tomó forma lentamente. Era una mujer, etérea y luminosa, con ojos que irradiaban una tristeza infinita.

—¿Quién eres? —preguntó Serenia, su voz apenas un susurro.

—Soy el eco de lo que una vez fui —respondió la figura—. Como los demás, estoy atrapada aquí, consumida por la niebla.

—¿Qué puedo hacer para liberarlos? —Serenia sintió una urgencia creciente, sabiendo que el tiempo se agotaba.

La figura alzó una mano, señalando los fragmentos.

—La niebla no es solo un castigo; es una prisión creada para contenernos. El cristal que llevas era nuestra única esperanza de escapar, pero ahora está roto. Solo un acto de verdadera entrega puede romper el ciclo.

—¿Entrega? —preguntó Serenia, retrocediendo un paso.

—Debes enfrentarte al corazón de la niebla y ofrecer lo que más temes perder. Solo entonces las almas serán libres... y tú decidirás si sigues con ellas o regresas.

La figura desapareció, dejando a Serenia sola con los fragmentos.

CAPITULO 13: EL CORAZON DE LA NIEBLA (PARTE I)

La niebla alrededor de Serenia se tornó densa, casi sólida, envolviéndola en una prisión etérea que parecía aplastarla con su peso. Las luces flotantes se intensificaron, proyectando sombras danzantes sobre el altar y el claro. El aire se llenó de un zumbido constante, perforando sus oídos con voces incomprendibles.

Tenebris emergió por completo del vórtice de niebla, su figura ahora colosal, una mezcla de humo, oscuridad y fragmentos de luz que parecían cicatrices en su superficie. Su rostro era una amalgama cambiante de expresiones: ira, desesperación y algo que Serenia no pudo identificar.

—Has llegado lejos, pero aquí termina tu viaje —gruñó Tenebris, su voz como un trueno—. Te mostraré por qué nadie escapa del corazón de la niebla.

Con un movimiento, Tenebris lanzó una ráfaga de energía oscura que golpeó a Serenia, lanzándola contra un árbol cercano. El impacto le cortó la respiración, pero apretó los dientes, levantándose con dificultad.

—No puedes detenerme. Las almas no te pertenecen.

Tenebris rió, un sonido que resonó como una avalancha de piedras.

—¿Detenerte? No necesito hacerlo. Cada paso que das hacia mí alimenta la niebla. Tu resistencia es inútil.

Serenia sacó los fragmentos del cristal, que ahora ardían con un brillo inestable. Las luces alrededor reaccionaron, distorsionándose y retorciéndose como si se resistieran al poder del cristal.

—Esto... esto termina ahora —susurró, alzando los fragmentos.

Pero antes de que pudiera invocar las palabras necesarias, la niebla se arremolinó a su alrededor, formando figuras humanoides. Rostros desfigurados, con bocas abiertas en gritos silenciosos, comenzaron a rodearla, acercándose con movimientos erráticos.

Tenebris observó, regodeándose en su sufrimiento.

—Míralos. Estas son las almas que intentas salvar. ¿Aún crees que merecen tu sacrificio?

Serenia retrocedió, su corazón latiendo con fuerza. Pero en su interior, una chispa de determinación brillaba.

—No es cuestión de merecerlo. Es cuestión de hacer lo correcto.

Las palabras parecieron sacudir a Tenebris, aunque su expresión volvió rápidamente a la ira.

—Entonces, enfréntate a ellos, y muere con tus convicciones.

La niebla se abalanzó sobre Serenia, los rostros gritando ahora con un sonido ensordecedor.

CAPÍTULO IV: EL CORAZÓN DE LA NIEBLA (PARTE II)

El enfrentamiento se volvió una lucha desesperada. Serenia esquivaba las figuras espirituales, cada una emanando una energía fría que drenaba su fuerza vital con cada roce. Usó los fragmentos del cristal como un escudo improvisado, el brillo manteniendo a raya a las figuras más cercanas.

—¡Muéstrame la verdad! —gritó, dirigiéndose a la niebla.

Los fragmentos comenzaron a resonar, y de repente una visión la envolvió. Se encontró en una vasta llanura de oscuridad, con hilos de luz que conectaban a cada alma atrapada. En el centro de todo, Tenebris estaba enraizado, alimentándose de cada hilo como un parásito.

—Así es como sobrevives —dijo Serenia, la visión aclarando su propósito—. Alimentándote del sufrimiento.

La voz de Tenebris resonó en su mente.

—¿Y qué harás con esa verdad? Incluso si me destruyes, estas almas seguirán perdidas.

Serenia apretó los fragmentos con fuerza.

—No dejaré que eso suceda.

De regreso al claro, lanzó los fragmentos al aire, susurrando las palabras que había aprendido de las visiones. Una explosión de luz blanca rompió el dominio de la niebla, dispersando a las figuras espirituales. Pero Tenebris no se inmutó.

—Impresionante. Pero no suficiente.

Con un movimiento de su mano, el altar comenzó a temblar, revelando una abertura hacia un abismo de oscuridad infinita.

CAPÍTULO 15: EL ÚLTIMO SACRIFICIO

Serenia se encontraba al borde del abismo, enfrentando a Tenebris, quien ahora parecía más fuerte, alimentado por la energía del altar. El suelo bajo sus pies temblaba, y la niebla intentaba arrastrarla hacia el vacío.

De repente, una voz resonó a través de la niebla, fuerte y clara.

—¡Serenia!

Giró la cabeza, buscando el origen. Un joven emergió del bosque, sus ojos brillando con una intensidad que parecía cortar la niebla. Su figura irradiaba una fuerza desconocida, como si estuviera vinculado al cristal.

—¿Quién eres? —preguntó Serenia, jadeando.

El joven no respondió de inmediato. Corrió hacia ella, extendiendo una mano.

—No estás sola en esto.

Con su ayuda, Serenia se levantó, sintiendo un renovado vigor. El joven sacó un objeto de su abrigo, una esfera pequeña que parecía resonar con los fragmentos del cristal que ella había usado.

—Esto es lo que necesitas para detenerlo —dijo, colocándose la mano.

La esfera comenzó a brillar con una luz cegadora, llenando el claro con su resplandor. Tenebris lanzó un grito de ira, intentando retroceder, pero la luz lo consumió, desmoronándolo en una niebla dispersa que desapareció lentamente.

El altar se derrumbó, y con él, la conexión de las almas al abismo. Las luces ascendieron, liberadas al fin, desapareciendo en el cielo nocturno.

Serenia se giró hacia el joven, aún intentando procesar lo que acababa de suceder.

—¿Quién eres tú?

El joven sonrió levemente, sus ojos reflejando tanto cansancio como esperanza.

—Mi nombre es Erik.